

PARAMAHANSA YOGANANDA

Autobiografía de un yogui

*«Si no veis señales y prodigios, no creeréis»
(Juan 4, 48).*



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Espiritualidad y Vida interior

AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI

Paramahansa Yogananda

1.ª edición: noviembre de 2025

Título original: *Autobiography of a Yogui*

Traducción: *Juli Peradejordi*

(Traducido de la versión americana de 1946)

Maquetación: *Juan Bejarano*

Corrección: *Ediciones Obelisco*

Diseño de cubierta: *Carlos Pan*

© 2025, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 253

E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-1172-340-4

DL B 16395-2025

Impreso en CPI - Black Print

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice de ilustraciones

Mi padre, Bhagabati Charan Ghosh	14
Mi madre	29
Swami Pranabananda, «El Santo de los Dos Cuerpos»	37
Mi hermano mayor, Ananta	51
Reunión festiva en el patio de la ermita de mi gurú en Serampore	52
Nagendra Nath Bhaduri, «El Santo que Levita»	83
Yo, a los seis años	90
Jagadis Chandra Bose, reconocido científico	90
Dos hermanos de Therese Neumann, en Konnersreuth ...	103
Maestro Mahasaya, el devoto dichoso	103
Jitendra Mazumdar, mi compañero en la «prueba de la pobreza» en Brindaban	128
Ananda Moyi Ma, la «Madre Llena de Alegría»	129
Cueva del Himalaya ocupada por Babaji	129
Sri Yukteswar, mi Maestro	141
Self-Realization Fellowship, sede de Los Ángeles	151
Iglesia de la Autorrealización de Todas las Religiones, Hollywood	151
La ermita junto al mar de mi gurú, en Puri	197
Iglesia de la Autorrealización de Todas las Religiones, San Diego	263
Mis hermanas Roma y Nalini	263
Mi hermana Uma	264
El Señor en su aspecto como Shiva	285
<i>Yogoda Math</i> , ermita en Dakshineswar	315
Escuela Ranchi, edificio principal	315
Kashi, renacido y redescubierto	325

Bishnu, Motilal Mukherji, mi padre, el señor Wright, T. N. Bose, Swami Satyananda	326
Grupo de delegados en el Congreso Internacional de Liberales Religiosos, Boston, 1920	327
Un gurú y un discípulo en una antigua ermita	340
Babaji, el Yogui-Cristo de la India moderna	375
Lahiri Mahasaya	405
Escritura de Lahiri Mahasaya	410
Una clase de yoga en Washington, D. C.	433
Luther Burbank	441
Therese Neumann, de Konnersreuth, Baviera	455
El Taj Mahal, en Agra	474
Shankari Mai Jiew, única discípula viva del gran Swami Trailanga	491
Krishnananda con su leona domesticada	491
Grupo en el patio del comedor de la ermita de mi gurú en Serampore	492
La señora Bletch, el señor Wright y yo en Egipto	498
Rabindranath Tagore	499
Swami Keshabananda en su ermita en Brindaban	499
Krishna, antiguo profeta de la India	508
Mahatma Gandhi, en Wardha	532
Escritura de Mahatma Gandhi	553
Bandera nacional de India	553
Giri Bala, la mujer yogui que nunca come	565
El señor E. E. Dickinson	578
Mi gurú y yo	579
Estudiantes de Ranchi	580
Encinitas	584
Conferencia en San Francisco	592
Swami Premananda	593
Mi padre	593

Índice

1. Mis padres y mis primeros años	9
2. La muerte de mi madre y el amuleto místico	25
3. El santo con dos cuerpos	33
4. Mi fuga interrumpida al Himalaya	43
5. Un «Santo del Perfume» muestra sus maravillas	59
6. El Swami Tigre	69
7. El santo que levita	79
8. El gran científico de la India, J. C. Bose	87
9. El devoto bienaventurado y su romance cósmico	99
10. Me encuentro con mi Maestro, Sri Yukteswar	109
11. Dos chicos sin un centavo en Brindaban	123
12. Años en el <i>ashram</i> de mi Maestro	135
13. El santo que nunca duerme	175
14. Una experiencia de la conciencia cósmica	185
15. El robo de la coliflor	195
16. Venciendo las estrellas	209
17. Sasi y los tres zafiros	223
18. Un hacedor de milagros mahometano	231
19. Mi Maestro, desde Calcuta, aparece en Serampore	239
20. No visitamos Cachemira	243
21. Visitamos Cachemira	249
22. El corazón de una imagen de piedra	261
23. Recibo mi título universitario	271
24. Me convierto en monje de la Orden de los Swamis ...	279
25. Mi hermano Ananta y mi hermana Nalini	291
26. La ciencia del Kriya Yoga	299
27. Fundación de una escuela de yoga en Ranchi	311
28. Kashi, renacido y redescubierto	323

29. Rabindranath Tagore y yo comparamos	
nuestras escuelas	331
30. La ley de los milagros	337
31. Una entrevista con la Sagrada Madre	351
32. Rama es resucitado de entre los muertos	363
33. Babaji, El Yogui-Cristo de la India moderna	373
34. Materializando un palacio en el Himalaya	383
35. La vida ejemplar de Lahiri Mahasaya	399
36. El interés de Babaji por Occidente	415
37. Me voy a América	427
38. Luther Burbank, un santo entre las rosas	439
39. Therese Neumann, la católica estigmatizada	447
40. Regreso a la India	459
41. Un idilio en el sur de la India	469
42. Últimos días con mi gurú	485
43. La resurrección de Sri Yukteswar	507
44. Con Mahatma Gandhi en Wardha	531
45. La Madre Llena de Alegría	555
46. La mujer yogui que nunca come	561
47. Regreso a Occidente	575
48. En Encinitas, California	583

Dedicado a la memoria de
LUTHER BURBANK
Un santo americano



Paramhansa Yogananda

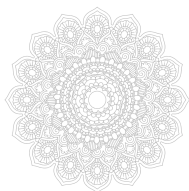
Agradecimientos del autor

Deseo expresar mi más sincero agradecimiento a la señorita L. V. Pratt por su labor editorial constante y meticulosa en la preparación de este manuscrito. Extiendo también mi gratitud a la señorita Ruth Zahn por la elaboración del índice, al señor C. Richard Wright por autorizar el uso de fragmentos de su diario de viaje por la India y al doctor W. Y. Evans-Wentz por sus valiosas sugerencias y su generoso apoyo.

PARAMHANSA YOGANANDA

28 de octubre de 1945

Encinitas, California



CAPÍTULO 1

Mis padres y mis primeros años

Las características distintivas de la cultura india han sido, desde hace mucho tiempo, la búsqueda de las verdades últimas y la relación complementaria entre discípulo y gurú.¹ Mi propio camino me llevó a un sabio con cualidades críticas, cuya hermosa vida quedó esculpida para la eternidad. Fue uno de los grandes maestros, la única riqueza perdurable de la India. Surgiendo en cada generación, han protegido su tierra del destino que corrieron Babilonia y Egipto.

Mis recuerdos más tempranos parecen llevar la impronta anacrónica de una existencia anterior. Se me presentan con nitidez escenas de una vida remota: un yogui² entre las nieves del Himalaya. Estos destellos del pasado, ligados a mí por un víncu-

-
1. Maestro espiritual; de la raíz sánscrita *gur*, que significa «elevar», «levantar».
 2. Practicante de yoga, que significa «unión»; antigua ciencia india de la meditación en Dios.



lo que desafía el tiempo y el espacio, me ofrecieron también vislumbres del porvenir.

Las impotencias humillantes de la infancia no se han borrado de mi memoria. Sentía un resentimiento consciente por no poder caminar ni expresarme con libertad. Olas de oración brotaban de mí cada vez que tomaba conciencia de la fragilidad de mi cuerpo. Mi vida emocional, intensa y contenida, encontraba una forma silenciosa en palabras que eran pronunciadas en múltiples lenguas. Entre esa confusión interna de idiomas, mi oído fue acostumbrándose poco a poco a las sílabas envolventes del bengalí, la lengua de mi pueblo.

El tumulto interior y la torpeza de mi cuerpo me empujaban con frecuencia a arrebatos obstinados de llanto. Recuerdo la perplejidad general de mi familia ante mi desconuelo. Pero también emergen, con una dulzura persistente, imágenes más luminosas: las caricias de mi madre y mis primeros intentos por articular palabras y dar pasos vacilantes. Esos logros iniciales, que suelen desvanecerse pronto en la memoria, constituyen, no obstante, una base natural y firme de autoconfianza.

Mis recuerdos lejanos no son únicos. Muchos yoguis son conocidos por haber mantenido su autoconciencia sin interrupción durante la dramática transición entre «vida» y «muerte». Si el hombre fuera tan sólo un cuerpo, su pérdida ciertamente marcaría el punto final de la identidad. Pero si los profetas a lo largo de los milenios hablaron con verdad, el hombre, en esencia, tiene una naturaleza incorpórea. El núcleo persistente del ego humano está sólo temporalmente aliado a la percepción sensorial.

Aunque pueda parecer insólito, los recuerdos nítidos de la infancia no son, en realidad, tan excepcionales. A lo largo de mis viajes por numerosas tierras, he oído cómo hombres y mujeres sinceros evocaban escenas tempranas con una claridad vívida.

Nací en la última década del siglo XIX y pasé mis primeros ocho años en Gorakhpur, en las Provincias Unidas del noreste de la India. Ése fue mi lugar de nacimiento. Éramos ocho hermanos: cuatro varones y cuatro mujeres. Yo, Mukunda Lal



Ghosh,³ era el segundo hijo varón y el cuarto en orden de nacimiento.

Mi padre y mi madre eran bengalíes y pertenecían a la casta *kshatriya*.⁴ Ambos estaban dotados de una naturaleza profundamente piadosa. Su amor mutuo –tranquilo, digno– jamás se expresó en gestos vanos. Una perfecta armonía entre ellos constituía el centro sereno del torbellino vital de ocho jóvenes existencias.

Mi padre, Bhagabati Charan Ghosh, era amable, grave y, en ocasiones, severo. A pesar de que lo queríamos mucho, nosotros, los niños, manteníamos cierta distancia reverencial. Destacado matemático y lógico, se guiaba sobre todo por su intelecto. Pero mi madre era la reina de los corazones y nos enseñaba sólo a través del amor. Después de su muerte, mi padre mostró más de su ternura interior. Noté entonces que su mirada a menudo se transformaba en la de mi madre.

En presencia de mi madre, probamos nuestra primera experiencia agridulce con las escrituras. Se recurría a relatos del *Mahabharata* y el *Ramayana*⁵ para atender las exigencias de la disciplina. La instrucción y el castigo iban de la mano.

Mi madre mostraba un gesto diario de respeto hacia mi padre al vestimos cuidadosamente todas las tardes para darle la bienvenida a casa después de su trabajo. Su posición era similar a la de un vicepresidente en el Ferrocarril Bengal-Nagpur, una de las grandes compañías de la India. Su trabajo implicaba viajar, y por ello nuestra familia vivió en varias ciudades durante mi infancia.

3. Mi nombre fue cambiado a Yogananda cuando ingresé en la antigua Orden monástica de los Swamis en 1914. Mi gurú me otorgó el título religioso de *Paramhansa* en 1935 (véase capítulos 24 y 42).

4. Tradicionalmente, la segunda casta de guerreros y gobernantes.

5. Estas antiguas historias épicas son el tesoro de la historia, mitología y filosofía de India. Un volumen de «Biblioteca del Hombre Común», *Ramayana* y *Mahabharata*, es una condensación en verso inglés de Romesh Dutt (Nueva York: E. P. Dutton).



Mi madre tenía una generosidad natural, una mano siempre abierta hacia los necesitados. Mi padre también era bondadoso, aunque su sentido del orden y la responsabilidad se extendía con firmeza a la gestión del presupuesto familiar. En una ocasión, durante una sola quincena, mi madre gastó en alimentar a los pobres más de lo que mi padre ganaba en todo un mes.

—Sólo te pido, por favor, que limites tus obras de caridad a un margen razonable —le dijo con suavidad.

Incluso una ligera reprensión de su esposo resultaba dolorosa para mi madre. Sin una palabra de queja ni una insinuación del desacuerdo ante sus hijos, pidió con discreción un coche de alquiler y se retiró.

—Adiós. Me voy a casa de mi madre.

¡El ultimátum que nunca falla!

Sorprendidos, estallamos en llanto. Nuestro tío materno llegó justo a tiempo y, con tono confidencial, le susurró a mi padre algunos consejos que, sin duda, venían destilados de siglos de experiencia conyugal. Tras un par de comentarios conciliadores de mi padre, mi madre despidió el taxi con una sonrisa. Así concluyó el único desacuerdo que alcancé a presenciar entre ellos. Aunque conservo el recuerdo de otra escena muy característica.

—Por favor, dame diez rupias para una mujer desafortunada que acaba de llegar a la casa. —La sonrisa de mi madre tenía su propia persuasión.

—¿Por qué diez rupias? Una es suficiente.

Mi padre añadió una justificación:

—Cuando mi padre y mis abuelos murieron de repente, tuve mi primer contacto con la pobreza. Mi único desayuno, antes de caminar muchos kilómetros hasta la escuela, era un pequeño plátano. Más tarde, en la universidad, estaba tan necesitado que solicité a un juez adinerado ayuda de una rupia por mes. Él no me la concedió, comentando que incluso una rupia es importante.

—¡Qué amargamente recuerdas la negación de esa rupia!

El corazón de mi madre tenía una lógica instantánea.



—¿Quieres que esta mujer también recuerde con dolor tu negativa de las diez rupias que necesita urgentemente?

—¡Tú ganas!

Con el gesto inmemorial de los esposos vencidos, abrió su billetera.

—Aquí tienes un billete de diez rupias. Dáselo con mis buenos deseos.

Mi padre tenía la costumbre de responder primero con un «no» ante cualquier nueva propuesta. Su reacción hacia la extraña mujer que tan fácilmente se ganó la simpatía de mi madre fue un ejemplo típico de su cautela habitual. Esa aversión a la aceptación instantánea —tan parecida a la actitud reflexiva que caracteriza a la mente francesa en Occidente— no era más que una forma de tributo al principio del «debido juicio». Siempre encontré en él un espíritu razonable y ecuánime. Si podía respaldar mis múltiples peticiones con uno o dos argumentos sólidos, invariablemente acababa concediéndome el anhelado deseo, ya fuera un viaje de vacaciones o una nueva motocicleta.

En los primeros años, fue estricto y disciplinario con sus hijos, aunque consigo mismo era un hombre austero. Jamás iba al teatro; encontraba gozo en prácticas espirituales y en la lectura constante del *Bhagavad Gita*.⁶ Huía de cualquier lujo y se aferraba con obstinación a un viejo par de zapatos hasta que ya no podían sostenerse. Mientras sus hijos acabaron teniendo automóvil, él permanecía fiel al tranvía para sus desplazamientos diarios a la oficina.

La acumulación de riqueza por afán de poder le resultaba del todo ajena. Tras fundar el Banco Urbano de Calcuta, se

6. Este noble poema sánscrito, que forma parte de la épica *Mahabharata*, es la Biblia hindú. La traducción al inglés más poética es *The Song Celestial* de Edwin Arnold, Filadelfia: David McKay. Una de las mejores traducciones con comentarios detallados es *Message Of The Gita* de Sri Aurobindo, Jupiter Press, 16 Semudoss St., Madras, India.



negó a obtener beneficios personales manteniendo acciones para él. Lo movía tan sólo el deseo de cumplir, en su tiempo libre, con lo que consideraba un deber cívico.



MI PADRE

Bhagabati Charan Ghosh

Un discípulo de Lahiri Mahasaya

.....

Varios años después de que mi padre se jubilara con una modesta pensión, enviaron a un contador inglés a revisar los libros de la Compañía de Ferrocarriles Bengal-Nagpur. El investigador, visiblemente asombrado, descubrió que mi padre jamás había solicitado las bonificaciones que le correspondían.

—¡Hizo el trabajo de tres hombres! —informó el contador a la compañía—. Le deben 125 000 rupias (unos 41 250 dólares) en compensaciones retroactivas.

Los directivos, consternados y agradecidos, le extendieron un cheque por el importe completo. Mi padre pensó tan poco en ello que ni siquiera mencionó el tema en casa. Fue mucho



después, al ver un inusual depósito bancario, cuando mi hermano menor, Bishnu, le preguntó al respecto.

—¿Por qué habría de alegrarme por una ganancia material? —respondió mi padre con serenidad—. Quien busca la ecuanimidad no se exalta con la ganancia ni se abate con la pérdida. Sabe que el hombre llega a este mundo sin un centavo y lo abandona sin una sola rupia.

Al principio de su vida como matrimonio, mis padres se convirtieron en discípulos de un gran maestro, Lahiri Mahasaya de Benarés. Este contacto fortaleció el temperamento ascético de mi padre. Mi madre hizo una notable confesión a mi hermana mayor Roma:

—Tu padre y yo vivimos juntos como hombre y mujer sólo una vez al año con el propósito de tener descendencia.

Mi padre conoció a Lahiri Mahasaya a través de Abinash Babu,⁷ un empleado en la oficina de Gorakhpur del Ferrocarril Bengal-Nagpur. Abinash instruyó mis jóvenes oídos con cautivadoras historias de muchos santos indios. Invariablemente concluía las historias con un homenaje a las glorias superiores de su propio gurú.

—¿Alguna vez has escuchado las circunstancias extraordinarias bajo las cuales tu padre se convirtió en discípulo de Lahiri Mahasaya? —me preguntó Abinash en una perezosa tarde de verano mientras compartíamos la sombra del patio de mi casa.

Negué con la cabeza, esbozando una sonrisa de anticipación.

—Hace años, antes de que nacieras, le pedí a mi superior, tu padre, que me diera una semana de permiso de mis deberes en Gorakhpur para visitar a mi gurú en Benarés. Tu padre se burló de mi plan.

»—¿Vas a convertirte en un fanático religioso? —me preguntó—. Concéntrate en tu trabajo de oficina si quieres avanzar.

»Caminando tristemente a casa por un sendero boscoso, ese día encontré a tu padre en un palanquín. Despidió a sus sirvien-

7. *Babu* (señor) se sitúa al final de los nombres bengalíes.



tes y al medio de transporte y comenzó a caminar a mi lado. Para tratar de consolarme, me habló de las ventajas de buscar el éxito mundano. Pero lo escuchaba sin interés. Mi corazón no dejaba de repetir: “¡Lahiri Mahasaya! ¡No puedo vivir sin verte!”.

»Nuestro camino nos llevó al borde de un campo tranquilo, donde los rayos del sol del atardecer aún coronaban las altas ondas del pasto silvestre. Nos detuvimos, asombrados. ¡Y allí, en el campo, a sólo unos metros de nosotros, la figura de mi gran gurú apareció de pronto!⁸

»—¡Bhagabati, eres demasiado duro con tu empleado! —Su voz resonó en nuestros oídos atónitos. Desapareció tan misteriosamente como había llegado.

»De rodillas, yo exclamé:

»—¡Lahiri Mahasaya! ¡Lahiri Mahasaya!

»Tu padre quedó inmóvil, paralizado por la sorpresa durante unos momentos.

»—Abinash, no sólo te doy permiso, sino que yo mismo me doy permiso para partir mañana hacia Benarés. ¡Debo conocer a este gran Lahiri Mahasaya, que puede materializarse a voluntad para interceder por ti! Llevaré a mi esposa y le pediré a este maestro que nos inicie en su camino espiritual. ¿Nos guiarás hacia él?

»—Por supuesto —le contesté.

»La alegría llenó mi corazón ante la respuesta milagrosa a mi oración y el rápido giro favorable de los acontecimientos. A la noche siguiente, tus padres y yo tomamos el tren hacia Benarés. Al día siguiente, tomamos una carreta con caballos y luego tuvimos que caminar por callejones estrechos hasta la casa aislada de mi gurú. Al entrar en su pequeño salón, nos inclinamos ante el maestro, inmóvil en su habitual postura del loto. Parpadeó con sus ojos penetrantes y los fijó en tu padre.

»—¡Bhagabati, eres demasiado duro con tu empleado! —Las palabras eran idénticas a las que había pronunciado dos días

8. Los poderes fenomenales que poseen los grandes maestros se explican en el capítulo 30, «La ley de los milagros».



antes en los campos de Gorakhpur. Y añadió con una sonrisa: Me alegra que hayas permitido la visita de Abinash y que tú y tu esposa lo hayáis acompañado.

»Para su dicha, el maestro inició a tus padres en la práctica espiritual del Kriya Yoga.⁹ Desde aquel día memorable, tu padre y yo, hermanos en el discipulado, hemos mantenido una estrecha amistad. Lahiri Mahasaya expresó un claro interés por tu nacimiento. Sin duda, tu vida estará entrelazada con la suya: la bendición del maestro no yerra jamás.

Lahiri Mahasaya abandonó este mundo poco después de que yo apareciera en él. Su retrato, enmarcado con una gran delicadeza, presidía siempre el altar familiar en cada ciudad a la que el trabajo de mi padre nos llevaba. Muchas mañanas y tardes, mi madre y yo nos reuníamos ante un pequeño santuario improvisado, donde ofrecíamos flores impregnadas en pasta aromática de sándalo. Con incienso y mirra, y a través de nuestra devoción compartida, rendíamos homenaje a la divinidad que encontró plena expresión en Lahiri Mahasaya.

Su imagen ejerció una influencia profunda y constante en mi vida. A medida que crecía, el pensamiento del maestro también lo hacía conmigo. En mis meditaciones, era frecuente que su fotografía pareciera cobrar vida: emergía del pequeño marco, tomaba una forma tangible y se sentaba frente a mí. Cuando intentaba tocar los pies de su cuerpo luminoso, la visión se desvanecía y recuperaba de nuevo la imagen inmóvil.

A medida que fui entrando en la infancia, Lahiri Mahasaya dejó de ser una figura atrapada en un marco: en mi mente, se convirtió en una presencia viva, iluminadora. En momentos de prueba o incertidumbre, le ofrecía mis oraciones, y siempre hallaba dentro de mí su guía reconfortante. Al principio me dolía que ya no estuviera presente físicamente. Pero al ir compren-

9. Técnica yóguica mediante la cual se aquieta el tumulto de los sentidos, permitiendo al ser humano lograr una identidad cada vez mayor con la conciencia cósmica (*véase* capítulo 26).



diendo su silenciosa omnipresencia, el duelo se desvaneció.

Solía escribir a aquellos discípulos que se mostraban demasiado ansiosos por verlo en persona: «¿Por qué deseáis contemplar mis huesos y mi carne cuando siempre estoy al alcance de vuestro *kutastha* (visión interior)?».

Fui bendecido alrededor de los ocho años con una maravillosa sanación a través de la fotografía de Lahiri Mahasaya. Esta experiencia intensificó mi amor. Mientras estaba en nuestra finca familiar en Ichapur, en Bengala, enfermé de cólera asiático. Mi vida estaba en peligro; los médicos no podían hacer nada. Al lado de mi cama, mi madre me hizo gestos frenéticos para que mirara la imagen de Lahiri Mahasaya que se encontraba en la pared sobre mi cabeza.

—¡Inclínate ante él mentalmente! —Mi madre sabía que estaba demasiado débil para levantar las manos a modo de saludo—. ¡Si realmente muestras devoción y te arrodillas ante él en tu interior, te salvará la vida!

Fijé la vista en su fotografía, y de pronto una luz deslumbrante la envolvió, iluminando mi cuerpo y llenando toda la habitación. Las náuseas, junto con los demás síntomas incontrolables, se desvanecieron al instante: había sanado. De repente, me sentí lo bastante fuerte como para inclinarme y tocar los pies de mi madre, agradecido por su inmensa fe en su gurú. Ella, conmovida, presionó repetidamente la frente contra la pequeña imagen.

—¡Oh, Maestro Omnipresente, te agradezco que tu luz haya sanado a mi hijo! —exclamó.

Entonces comprendí que también ella había sido testigo del resplandor luminoso que me había devuelto la vida, librándome de una dolencia que, por lo general, resultaba fatal. Desde entonces, una de mis posesiones más queridas es esa misma fotografía. Como obsequio de Lahiri Mahasaya a mi padre, conserva todavía una vibración sagrada.

La imagen tiene un origen milagroso, cuya historia escuché de boca de Kali Kumar Roy, hermano discípulo de mi padre. Al parecer, el maestro albergaba una marcada aversión a ser foto-



grafiado. En cierta ocasión, a pesar de su resistencia, se tomó una fotografía grupal junto a varios devotos, entre ellos Kali Kumar Roy. Pero al revelar la placa, el fotógrafo —visiblemente desconcertado— descubrió que, mientras todos los discípulos aparecían con nitidez, en el centro, donde se esperaba ver la silueta del maestro, no había más que un espacio en blanco. Aquel fenómeno fue muy comentado.

Un estudiante y fotógrafo experto, Ganga Dhar Babu, se propuso con orgullo captar la esquiua figura del maestro. Convencido de su pericia técnica, juró que esta vez Lahiri Mahasaya no escaparía a su lente. A la mañana siguiente, mientras el gurú permanecía sentado en la postura del loto sobre un banco de madera, con una pantalla como fondo, Ganga Dhar llegó con su equipo y unos preparativos meticulosos. Expuesto a su codicia devocional, disparó doce placas sucesivas.

Al revelarlas, en cada una se distinguían con claridad el banco y la pantalla... pero, una vez más, el cuerpo del maestro no aparecía. La figura seguía ausente.

Con lágrimas en los ojos y su orgullo por los suelos, Ganga Dhar buscó a su gurú. Pasaron muchas horas antes de que Lahiri Mahasaya, desde su habitual silencio, pronunciara finalmente una respuesta cargada de sentido:

—Soy Espíritu. ¿Puede tu cámara reflejar lo Omnipresente e Invisible?

—¡Veo que no puede! —respondió el discípulo—. Pero, Santo Señor, anhelo con amor una imagen del templo corporal, donde ese Espíritu parece residir por entero.

—Ven entonces mañana por la mañana —le dijo el maestro con dulzura—. Posaré para ti.

De nuevo, el fotógrafo preparó su cámara. Esta vez, la figura sagrada no se replegó en una imperceptibilidad misteriosa: quedó impresa con claridad en la placa. El maestro nunca volvió a posar para otra imagen; al menos, no he visto ninguna otra.

La fotografía se reproduce en este libro. Las facciones de Lahiri Mahasaya, de una universalidad apacible, apenas permi-



ten adivinar su raza. Su comunión gozosa con lo divino se insinúa en una sonrisa leve, casi enigmática. Sus ojos –no del todo cerrados, como en gesto de cortesía hacia el mundo exterior– revelan una conciencia de recogimiento, indiferente a los pobres encantos de la Tierra. Estaba completamente despierto, en cada instante, al clamor espiritual de las personas que acudían a él en busca de gracia.

Poco después de mi curación, que tuvo lugar gracias a la potencia invisible de la imagen del gurú, tuve una visión espiritual de gran impacto. Una mañana, mientras estaba sentado en mi cama, me vi sumido en una profunda reflexión...

«¿Qué hay más allá de la oscuridad de los ojos cerrados?»; esta inquietud profunda emergió con fuerza en mi conciencia. Un inmenso destello de luz se manifestó de inmediato a mi mirada interna. Formas sagradas de santos meditando en grutas de montaña se revelaron como proyecciones vivas en la pantalla radiante de mi frente interior.

—¿Quiénes sois? –pregunté en voz alta.

—Somos los yoguis del Himalaya –respondió una voz celestial cuya resonancia es difícil de describir. Mi corazón se estremeció.

—¡Ah, cuánto anhelo ir al Himalaya y ser como vosotros!

La visión se desvaneció, pero los rayos plateados se expandieron en círculos cada vez más amplios hasta perderse en la infinitud.

—¿Qué es este resplandor maravilloso? –pregunté, embargado por la luz.

—Soy Íshwara.¹⁰ Soy Luz –respondió una voz que sonaba como un murmullo de nubes.

—¡Quiero ser uno contigo!

10. Nombre sánscrito de Dios como Gobernante del universo; proviene de la raíz *Īś*, que significa «gobernar». En las escrituras hindúes existen 108 nombres para Dios, cada uno con un matiz filosófico diferente.



Del lento desvanecerse de aquel éxtasis divino, conservé un legado imperecedero: la inspiración ardiente de buscar a Dios. ¡Él es la alegría eterna, siempre renovada! Ese recuerdo luminoso permanecería vivo en mí mucho tiempo después.

Otro recuerdo de mis primeros años me dejó marcado con particular viveza (de manera literal, pues conservo la cicatriz hasta el día de hoy). Mi hermana mayor, Uma, y yo estábamos sentados por la mañana bajo un árbol de *neem* en el patio de nuestra casa en Gorakhpur. Ella me ayudaba con un libro de bengalí, y yo intentaba no distraerme mirando a los loros que picoteaban las frutas maduras del margosa cercano.

En un momento dado, Uma se quejó de un forúnculo en la pierna y fue a buscar un tarro de ungüento. Mientras tanto, yo me apliqué un poco de la pomada en el antebrazo.

—¿Por qué te aplicas esta medicina en un brazo que está perfectamente sano? —preguntó al volver.

—Bueno, hermana... siento que mañana me saldrá un forúnculo justo aquí. Estoy probando tu ungüento en el sitio donde aparecerá —respondí con toda la lógica de un profeta precoz.

—¡Eres un mentiroso! —exclamó ella indignada.

—Hermana, no me llames mentiroso hasta que veas qué sucede por la mañana —repliqué con gran indignación.

Pero Uma no se conmovió. Repitió su burla tres veces, imperturbable. Entonces hablé con una resolución solemne, con cada una de las palabras cargada de una extraña certidumbre:

—Por el poder de la voluntad que reside en mí, declaro que mañana tendré un forúnculo bastante grande justo en este punto del brazo. Y el tuyo alcanzará el doble de su tamaño actual.

A la mañana siguiente, un gran forúnculo se encontraba justo en el lugar exacto que había señalado. Y el de Uma, en efecto, había duplicado su tamaño. Con un grito, mi hermana corrió hacia mi madre:

—¡Mukunda se ha convertido en un nigromante!

Con un porte serio, mi madre me apartó y me instruyó con una ternura firme:



—Hijo, nunca uses el poder de las palabras para causar daño. Aquel consejo me quedó marcado profundamente, y lo he seguido desde entonces.

Me tuvieron que tratar el forúnculo quirúrgicamente. La incisión dejó una cicatriz bastante visible, que aún hoy permanece en mi antebrazo derecho. Es un recordatorio constante del poder que reside en la palabra humana cuando nace de la voluntad pura.

Esas frases simples y en apariencia inofensivas dirigidas a Uma, pronunciadas con profunda concentración, poseían la suficiente fuerza oculta para explotar como bombas y producir efectos concretos aunque dañinos. Más adelante comprendí que el poder vibrante y dinámico de la palabra, cuando se guía con sabiduría, puede liberar la vida de obstáculos y así actuar sin dejar heridas ni provocar reproches.¹¹

-
11. Las infinitas potencias del sonido derivan de la Palabra Creativa, *Aum*, el poder vibratorio cósmico que subyace a todas las energías atómicas. Cualquier palabra pronunciada con una clara realización y una profunda concentración tiene un valor materializador. La repetición fuerte o silenciosa de palabras inspiradoras ha demostrado que es efectiva en el coueismo y sistemas de psicoterapia similares; el secreto radica en el aumento de la tasa vibratoria de la mente. El poeta Tennyson nos dejó, en sus *Memoorias*, un relato de su dispositivo repetitivo para pasar más allá de la mente consciente hacia la supraconciencia: «he vivido con frecuencia desde mi infancia una especie de trance despierto —por falta de una mejor palabra— cuando estaba completamente sólo. Me ha sucedido al repetir mi propio nombre en silencio, hasta que, de repente, como si fuera de la intensidad de la conciencia de la individualidad, la individualidad misma pareciera disolverse y desvanecerse en el ser sin límites, y esto no es un estado de confusión, sino el más claro y el más seguro de los seguros, más allá de las palabras —donde la muerte era una imposibilidad casi risible—, la pérdida de la personalidad (si así fuera) pareciendo no una extinción, sino la única vida verdadera». Escribió, además: «no es un éxtasis nebuloso, sino un estado de maravilla trascendente, asociado a una claridad absoluta de mente».



Nuestra familia se mudó a Lahore, en el Punjab. Allí adquirí una imagen de la Divina Madre en forma de la Diosa Kali.¹² Santificó un pequeño santuario informal en el balcón de nuestro hogar. Se apoderó de mí una convicción inequívoca de que la realización coronaría cualquiera de mis oraciones pronunciadas en ese lugar sagrado. Un día, de pie con Uma, vi dos cometas volando sobre los tejados de los edificios en el lado opuesto de calle que era, por cierto, excepcionalmente estrecha.

—¿Por qué estás tan callado? —Uma me empujó juguetonamente.

—Sólo estoy pensando en lo maravilloso que es que la Divina Madre me dé lo que pido.

—Supongo que te daría si así fuera esas dos cometas. —Mi hermana se rio despectivamente.

—¿Por qué no? —Y comencé a rezar una serie de oraciones silenciosas por poder poseerlas.

En la India, las partidas de cometas se juegan con hilos cubiertos de pegamento y vidrio molido. Cada jugador intenta cortar el hilo del oponente; cuando lo consigue, la cometa queda libre y vuela errante sobre los tejados. Es una gran diversión perseguir y atrapar esas presas fugaces.

Uma y yo estábamos en el balcón, un lugar desde el cual parecía imposible que alguna de esas cometas liberadas pudiera llegar a nuestras manos. El hilo, inevitablemente, caería sobre los tejados.

Los jugadores al otro lado de la calle iniciaron su partida. Se cortó un hilo y la cometa comenzó a flotar en mi dirección. Durante un instante quedó suspendida, detenida por una súbita pausa en la brisa. Aquello bastó para que el hilo se enredara con firmeza en un cactus que crecía en lo alto de la casa al otro lado. Se formó un lazo perfecto y pude atrapar la cometa. Se la entregué a Uma.

12. Kali es un símbolo de Dios con el aspecto de la eterna Madre Naturaleza.



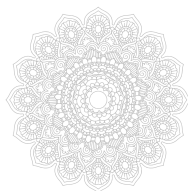
—Ha sido sólo una casualidad extraordinaria, no una respuesta a tu oración —dijo ella, aunque sus ojos oscuros revelaban más asombro que escepticismo—. Si la otra cometa viene también hacia ti, entonces creeré.

Reanudé mis oraciones, esta vez con una intensidad renovada. El jugador de la segunda cometa dio un tirón violento que provocó la pérdida repentina del hilo. La cometa, liberada, se lanzó hacia mí danzando con el viento. Mi aliada vegetal, el fiel cactus, aseguró de nuevo el hilo en un lazo preciso que me permitió sujetarlo. Le ofrecí el segundo trofeo a Uma.

—¡Es cierto, la Divina Madre te escucha! Esto es demasiado extraño para mí...

Mi hermana salió corriendo como un cervatillo asustado.





CAPÍTULO 2

La muerte de mi madre y el amuleto místico

El mayor anhelo de mi madre era ver casado a mi hermano mayor.

—¡Ah, cuando contemple el rostro de la esposa de Ananta, encontraré el Cielo en esta Tierra! —solía decir.

Estas palabras, que tantas veces escuché, expresaban con intensidad su profunda preocupación, característicamente india, por la continuidad familiar.

Yo tenía unos once años cuando se formalizó el compromiso de Ananta. Mi madre se encontraba en Calcuta, supervisando con entusiasmo los preparativos de la boda. Mi padre y yo éramos los únicos que permanecíamos en nuestra casa de Bareilly, en el norte de la India, donde él había sido destinado tras dos años de servicio en Lahore.

Ya había presenciado el esplendor de las bodas de mis hermanas mayores, Roma y Uma; pero tratándose de Ananta, el hijo primogénito, los planes eran aún más fastuosos. Mi madre acogía a numerosos parientes que llegaban cada día a Calcuta desde sus lejanos hogares. Los alojó con comodidad en una gran casa recién adquirida en el número 50 de la calle Amherst. Todo estaba dispuesto: las delicias del banquete, el alegre trono en el



que Ananta sería conducido a casa de su prometida, las hileras de luces de colores, los imponentes elefantes y camellos de cartón, las orquestas inglesa, escocesa e india, los artistas profesionales, los sacerdotes dispuestos para los rituales ancestrales.

Mi padre y yo, animados por el espíritu festivo, planeábamos unirnos a la familia justo a tiempo para la ceremonia. Sin embargo, poco antes del gran día, tuve una visión ominosa.

Ocurrió en Bareilly, pasada la medianoche. Dormía junto a mi padre, en el porche de nuestro bungalow, cuando me despertó un peculiar aleteo de la mosquitera que se encontraba sobre la cama. Las ligeras cortinas se abrieron, y allí, ante mí, se reveló la figura amada de mi madre.

—¡Despierta a tu padre! —susurró—. Toma el primer tren, a las cuatro de la mañana. ¡Corre a Calcuta si deseas verme una vez más!

La figura etérea se desvaneció sin ningún tipo de ruido.

—¡Padre, padre! ¡Madre está muriendo! —grité sacudido por el terror. Mi tono lo despertó de inmediato. Entre sollozos, le conté lo ocurrido.

—No te inquietes por esa alucinación —respondió, fiel a su costumbre de negar todo lo inesperado—. Tu madre está perfectamente. Si recibimos malas noticias, partiremos mañana.

—¡Nunca te perdonarás no haber salido ahora! —exclamé con angustia creciente—. ¡Y yo nunca te perdonaré!

La mañana, sombría y pesada, trajo consigo un mensaje claro: «Madre gravemente enferma; boda pospuesta; venid de inmediato».

Mi padre y yo partimos, turbados, sin palabras. En uno de los puntos de transbordo, un tío mío nos interceptó. El tren se aproximaba y su estruendo crecía como si se desplegara a través de una lente telescópica, ensordeciendo el mundo.

Desde mi agitación interior, brotó de pronto una resolución tan feroz como desesperada: arrojarme a las vías. Ya sin mi madre, sentía que no podría soportar un mundo repentinamente seco, árido hasta los huesos. Había amado a mi madre como a mi más íntima amiga en la Tierra. Sus ojos negros, tiernos y firmes, habían sido siempre mi refugio en las pequeñas tragedias de la infancia.

